

De primera a segunda navegación: metáfora y decir de José Ortega y Gasset, filósofo periodista

From first to second navigation: metaphor and discourse of Ortega y Gasset, a journalist philosopher



Luis Núñez Ladevéze. Catedrático de la Universidad Complutense (jubilado). Profesor emérito extraordinario de la Universidad CEU San Pablo. Coordinador del Programa de Doctorado en Comunicación Social de CEINDO, actualmente honorífico. Seis sexenios de investigación. Proyectos. Presidente honorario y fundador de la Asociación Internacional de Investigadores. Fundador y presidente del consejo editorial de Doxa Comunicación. Doctor en Derecho. Licenciado y estudios de doctorado en Filosofía y Letras. Licenciado en Ciencias de la Información. 30 tesis doctorales. Universidad CEU San Pablo, España
ladeveze@telefonica.net
ORCID: 0000-0002-5684-9885

Recibido: 02/04/2024 - En edición: 15/04/2024 - Publicado: 01/07/2024

Received: 02/04/2024 - Early access: 15/04/2024 - Published: 01/07/2024

Resumen:

En esta nota de investigación se confrontan dos aportaciones sobre las actividades de Ortega y Gasset que se complementan mutuamente. En *Nací en una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset* el profesor Blanco narra la trayectoria de un emprendedor durante la etapa que él mismo denominó “primera navegación”. En *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*, Esmeralda Balaguer se ocupa de la “segunda navegación”. El filósofo abandona el periodismo para dedicarse a concretar su pensamiento en publicaciones filosóficas. Del cotejo de ambos trabajos no se desprende la contraposición entre un escritor periodista y un escritor filósofo, sino una complementariedad que explica cómo se funden en el escritor ambas incitaciones, separadas por un cambio de rumbo obligado por una nueva circunstancia contrapuesta a la anterior. Convergen para ofrecer una visión unitaria de su personalidad y su obra. El escritor recurre en su primera navegación al oficio periodístico para potenciar un programa

Abstract:

*In this research note, two contributions regarding the activities of Ortega y Gasset are confronted and found to complement each other. In *Nací en una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset*, Professor Blanco narrates the trajectory of an entrepreneur during the stage he himself termed “first navigation”. In *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*, Esmeralda Balaguer deals with the “second navigation”. The philosopher abandons journalism to dedicate himself to concretizing his thought in philosophical publications. From the comparison of both works, there doesn't emerge a contradiction between a journalist writer and a philosophical writer, but rather a complementarity that explains how in the writer both incentives merge, separated by a change of course forced by a new circumstance opposed to the previous one. They converge to offer a unified vision of his personality and his work. In his first navigation, the writer resorts to the journalistic profession to*

Cómo citar este artículo:

Núñez Ladevéze, L. (2024). De primera a segunda navegación: metáfora y decir de José Ortega y Gasset, filósofo periodista. *Doxa Comunicación*, 39, pp. 443-455.

<https://doi.org/10.31921/doxacom.n39a2319>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial. Licencia internacional CC BY-NC 4.0

de actividades para modernizar la sociedad española. En la segunda, cuando la prensa y las iniciativas culturales dejan de ser un cauce eficaz para influir en un proyecto de vida colectiva que ha naufragado, se entrega plenamente a su tarea filosófica.

Palabras clave:

Periodismo; filosofía; Ortega y Gasset; razón histórica; metáfora.

enhance a program of activities to modernize Spanish society. In the second, when the press and cultural initiatives cease to be an effective channel to influence a collective life project that has foundered, he fully commits to his philosophical task.

Keywords:

Journalism; philosophy; Ortega y Gasset; historical reason; metaphor.

Hay motivos para pensar que el periodismo literario prevalece sobre el rigor filosófico en Ortega y Gasset, y otros para insistir en que, ante todo, fue filósofo. No escribió un libro donde expusiera una elaboración filosófica sistemática, lo que no quita que muchos grandes filósofos emplearon su destreza literaria al servicio de la filosofía. La pretensión de estilo no contrapone lo literario a lo filosófico. Pensamiento y literatura no son excluyentes y, del mismo modo que hay poetas filosóficos, hay filósofos poéticos. Desde Platón lo literario se enteveró con el razonamiento para hacer filosofía y la filosofía con lo literario para hacer poesía. Grandes escritores fueron Montaigne, Pascal, Leibniz, Hume, Nietzsche, Bergson, Sartre y no se les discute su capacidad filosófica.

Ortega no sería una excepción que obligue a optar entre lo literario y lo filosófico si no fuera porque su tarea engarza la maestría literaria al ejercicio del periodismo. El profesor Blanco ha publicado un libro sobre el oficio periodístico de Ortega y Gasset, *Nació sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset (2023)*, donde se plantea si su profesión de corresponsal y editorialista merma su inclinación filosófica. Su respuesta cabe sintetizarse de este modo: si el estilo puede armonizar lo literario y lo intelectual, también el estilo puede aunar lo periodístico a la consistencia del pensamiento. La posible contraposición entre periodismo y filosofía procede de ser actividades que se ejercen en instituciones sociales distintas, la rotativa y la academia, tareas que atienden a funciones profesionales diferentes sin dejar por ello que puedan ser ligadas por la misma pretensión de entender la historia del mundo en que se vive, aunque sus fines sociales sean distintos, comentar la actualidad concreta o exponer lo permanente del acontecer. Academia y rotativa, son enfoques que parten de polos de signo contrario invitados a encontrarse.

En el oficio periodístico se distingue entre estilo informativo, rígido e impersonal, y el estilo del comentario, donde la vocación de estilo personaliza al comentarista frente a la impersonalidad estilística del informador. Este fue el tipo de periodismo que cultivó Ortega y Gasset, el mismo género que cultivaron periodistas célebres como Larra, Ramiro de Maeztu o Fernández Flórez. Como la noticia y el comentario periodísticos han de aparecer junto a otras noticias o comentarios, cada texto necesita separarse en el mosaico impreso o en la secuencia visual por algún procedimiento que lo aisle y distinga del conjunto. La televisión y la radio recurren a procedimientos análogos a los de la paginación del periódico, aunque adaptados a una continuidad predominantemente lineal. El título de la información, la crónica o el comentario informativos, identifica su contenido por contigüidad en el conjunto. Respecto de lo designado, la información, la crónica y el comentario tienen como referente un acontecer concreto que por este procedimiento queda diferenciado de otras referencias al flujo temporal del que se informa o se comenta. Aislando un acontecimiento de la continuidad, o sea concretándolo como un hecho acaecido en el espacio y en el tiempo, el título funciona de modo similar que un nombre propio. En lugar de designar un objeto, designa una unidad acontecida, con la diferencia de que gramaticalmente no se vale de un nombre propio para designarla, sino de términos genéricos que se concretan por sus valores de tiempo y lugar. De este modo se particulariza periodísticamente un “hecho” como componente de un devenir indeterminado

que no produce por sí mismo determinaciones. Los títulos concretan, como suma de hechos diferentes, las determinaciones que necesita la convivencia para separar unos de otros, por ejemplo, un asesinato, una guerra, un robo, unas elecciones, una sentencia.

Esto no significa una oposición entre lo concreto y lo abstracto, es una dialéctica en el sentido aristotélico de la expresión. Es obvio que no puede haber un nombre propio para designar inequívocamente cada cosa en el espacio o en el tiempo. Ninguna memoria, como no sea de un ordenador, da para recordar el nombre propio de cada huella que deja cada uno en su camino al andar. Menos aún, para designar cada fragmento aislado del acontecer, si es que esa expresión “acontecer fragmentado” guarda algún sentido. No es posible, sencillamente. Por esta razón tampoco es posible un lenguaje “inequívoco”, lo que los lógicos y algunos filósofos descarriados reclaman a veces como lenguaje perfecto. Algunos lo intentaron inútilmente, como Raimundo Lulio, Leibniz y Frege. Otros no entendieron bien lo que querían corregir del lenguaje para que fuera geoméricamente adecuado y racionalmente deductivo, como Spinoza, Hobbes y el primer Wittgenstein. La mayoría de los filósofos no cayeron en este vano trampantojo. Desde luego no cayeron Descartes ni Bacon, cuyas filosofías arriesgaban mantenerlos junto al precipicio sin caer. Atisbaron los límites del lenguaje y censuraron las falacias y adherencias que contraía arrastradas por la temporalidad del devenir. Para lo que aquí consideramos, lo que importa es que el periodista está más cerca de la vida concreta, la actual, que el filósofo que está más cerca de la abstracción del lenguaje, su petrificación en el acontecer. Para Ortega, que sentía predilección por Marta, la vida para mantener ordenada su casa tuvo prelación sobre María, absorbida por la contemplación.

La explicación de estas distinciones, título, texto, noticia, actualidad, términos de la labor periodística, es más compleja que su práctica. Blanco las maneja con precisión en su libro para explicar los sinsabores que debió superar el joven Ortega para vivir en Alemania gracias a su trabajo periodístico. Los cronistas las manejan rutinariamente en su modo habitual de redactar. Generalmente escriben el cuerpo de la noticia y luego hacen el título que la distingue de las demás. Blanco relata cómo Ortega se explica ante su padre para hacer valer que sus crónicas atienden a criterios profesionales. Ahora los redactores no necesitan hacerlo tanto como antaño, ya que la Inteligencia Artificial puede reemplazarlo en las funciones de resumir, corregir y titular. Lo importante es que el periodista está acostumbrado a ver el acontecer desde su concreción actualizada. Su oficio requiere distinguir en el fluido temporal de hechos concurrentes, los que ha de designar o comentar usando términos que él no controla, pues son generalizaciones intemporales aportadas por la lengua que usa. El lenguaje filosófico aborda la realidad concreta al revés, como si la contemplara desde la altura de la generalización de las palabras. Mientras observa desde una atalaya un panorama que discurre bajo los pies, el periodista recoge las cosas del suelo de asuntos –el pragma de la vida– donde acaece la realidad concreta, luego mira a la altura donde flotan las palabras que necesita para nombrar lo concreto que acaece a su alrededor.

Blanco muestra que no hay exclusión entre pensamiento filosófico y relato periodístico, sino una continuidad con dos extremos unidos por la literatura. En uno predomina la abstracción del tiempo y del espacio para cumplir con su pretensión de permanecer fuera del tiempo y del espacio. En el otro extremo ocurre lo contrario. El periodista utiliza el lenguaje intemporal para acotar lo ocurrido en el espacio y el tiempo. Como la abstracción es intemporal, la gloria del filósofo aspira a la duración. En cambio, la fama del periodista, centrado en la actualidad, es efímera, a menos que se revista del esplendor literario que hace de puente para conectar la gloria duradera con la fama transitoria.

Aunque Ortega alegara motivaciones circunstanciales cuando opta por el periodismo para llegar a lectores en español muy distanciados del academicismo universitario, la pregunta que Blanco deja abierta no deja de ser obligada para el estudioso del filósofo: ¿se trata de la obra de un intelectual que escribe ensayos de divulgación filosófica en la prensa y cuyo interés actual y futuro procede de su maestría literaria, se trata de la obra de un pensador destinada a perdurar por su consistencia doctrinal y su rigor sistemático, o se trata de ambas cosas? La respuesta que ofrece Blanco en su libro se acoge a la distinción que el filósofo establece para separar una primera de una segunda navegación en su semblanza biográfica (2023, p. 193). Aceptado que se trata de dos fases vitales, la *primera navegación* se caracteriza por la dedicación a proyectos de renovación colectiva que se fundan en un pensamiento filosófico: iniciativas culturales, exposición periodística y actividades políticas. Con la crisis de la Segunda República, a cuya instauración cooperó activamente, Ortega sufrió una profunda desilusión. Su compromiso con la regeneración de la vida pública había fracasado. Las expectativas que le impulsaron a esa actividad no habían sido correspondidas por los dirigentes políticos ni por las masas que los secundaron. La *segunda navegación* la iniciaría “la rectificación” (IV, 837)¹, a la que siguió el alejamiento de la política, el ostracismo, y una dedicación más introspectiva a la tarea filosófica.

Si el libro del profesor Blanco narra la trayectoria de un emprendedor cultural durante la primera navegación en cuya crónica rezuma el trasfondo de su filosofía, el reciente libro de Esmeralda Balaguer *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega* (2023) es una exposición de la urdimbre tejida durante la segunda navegación para exponer el sentido unitario de su labor filosófica. Estos dos excelentes trabajos resultan complementarios. De su lectura no se desprende la contraposición entre un escritor periodista y un escritor filósofo. Su conjunción explica cómo en el escritor se citan ambas incitaciones separadas por un cambio de rumbo obligado por una nueva circunstancia contrapuesta a la anterior. Convergen ambas al ofrecer una visión unitariamente coherente de la personalidad y la obra de un escritor que, en su primera navegación, recurre al oficio periodístico para poder ejercer plenamente su proyecto de modernización, en la segunda, cuando la prensa y las iniciativas culturales dejan de ser un cauce eficaz para influir en un proyecto de vida colectiva que ha naufragado, se entrega de lleno a su vocación filosófica. Sería injusto reducir el libro de Balaguer a un complemento del estudio de la primera navegación del libro de Ignacio Blanco. *Los límites del decir* es una obra ambiciosa que mira a enhebrar, desde la ruta de la segunda navegación, las claves sustantivas comunes a la filosofía orteguiana que traba ambas fases en la no concluida “teoría del decir” a la que el filósofo se refiere en sus últimas y principales obras. El trabajo se inscribe a mi modo de ver en el planteamiento de las más actuales revisiones de conjunto de la obra orteguiana, que han centrado el meollo en su filosofía de la técnica (Núñez Ladevéze, Álvarez y Núñez Canal 2022). La envergadura del estudio de Balaguer excede limitarlo a un agregado de la primera navegación. Dejamos constancia de ese valor sustantivo a efectos de exponer algunos matices discrepantes, reparos que pueden deberse a un no haber leído bien lo dicho o lo no dicho, que tal vez puedan colaborar a fortalecer la coherencia global de las interdependencias lineales del espléndido trabajo de Esmeralda Balaguer.

La distinción entre primera y segunda navegación procede del propio Ortega. Es un remedo de la que Platón suscribe entre el pensamiento griego anterior al suyo, al que califica de “primera”, y la que inicia parafraseando a Sócrates en diálogos ficticios, para encontrar la causa real de las cosas que subyacen a los asuntos de la vida. Platón califica de “segunda” a esta búsqueda socrá-

1 *Rectificación de la República*. Conferencia pronunciada el 6 de diciembre de 1931 en el Cinema de la Ópera de Madrid.

tica: “¿quieres, Cebes, dijo, que haga una exposición sobre cómo he llevado esta segunda navegación en búsqueda de la causa?” (*Fedon* 99 c-d)². Según el diálogo el poeta debía componer mitos y no razonamientos: ποιεῖν μύθους ἄλλ’ οὐ λόγους (60e-61b). Sócrates enseña que hay que pasar de la causa ficticia de los poetas a la causa real de las cosas, el pragmatismo de la vida. El tránsito de sustituir el mito como procedimiento explicativo por el razonamiento es lo que da paso de la primera a la segunda navegación platónicas.

Es probable que τὸν δεῦτερον πλοῦν pase a ser preferentemente traducido como “segunda navegación” por haber vertido Ortega, quizás traduciendo él mismo, πλοῦν a “navegación” (V, 99) para llevar al terreno personal esta referencia platónica. Hemos cotejado algunas traducciones. La española más antigua del *Fedón* remonta a la versión de obras completas de Patricio de Azcárate. El historiador y helenista leonés no traduce πλοῦν como “navegación”, sino como “tentativa”. Es accesible directamente en internet y fue publicada en EDAF en *Diálogos. La República o el estado*³. El historiador y filósofo Luis Gil lo traduce así: “¿quieres que te exponga Cebes, la segunda navegación que en busca de la causa he realizado?”⁴. Hay reimpressiones en editorial Guadarrama, 1974, y Planeta, 1982. Otras variantes son “rumbo” (Eggers Lan, Eudeba), “tentativa” (biblioteca virtual Cervantes), “singladura” (García Gual, Gredos) y “navegación” (García Bacca, –discípulo de Ortega–). Ignacio Blanco titula el capítulo 6 de su libro: “La segunda navegación. 1932-1955” (pp. 231 y ss.).

Dos ¿“tentativas”, “rumbos”, “travesías”, “singladuras”?, se fijan como “navegación” en la traducción del *Fedón* en la cita de Ortega tal vez traducida por él mismo. La alusión refleja una pormenorizada lectura personal del diálogo. La filosofía, dice Ortega, ha comenzado desde Kant su “segundo aprendizaje” o “segunda navegación” (VI, 62). En *Historia como sistema*, Ortega también remite a Kant al decir que el intelecto tiene que “liberarse de su más íntima esclavitud, esto es, de sí mismo” (VI, 62). Veamos la relación de la metáfora de la esclavitud con el trasunto personal del filósofo: el artículo de prensa está ligado a la exhibición en la *plazuela* que vincula la circunstancia personal a la actualidad. La filosofía desdeña la fama efímera que proporciona la *plazuela*, aspira a la permanencia. El periodismo nace del compromiso con lo diario en la circunstancia personal. La filosofía pretende vivir en el futuro. Al situar Balaguer su libro en la “segunda navegación” atiende a la vocación de permanencia del pensamiento orteguiano. El texto filosófico está ligado al devenir histórico, a la circunstancia social que el presente recoge del pasado. “Este es el modo de comprender la dimensión personal y también social del individuo”, resuelve Balaguer como resultante derivada de estos dos polos de atracción que mantienen la tensión entre la fugacidad de la situación personal y la aspiración de perdurar en el tiempo (p. 111).

Durante el periodo de la primera navegación, Ortega pudo ser periodista divulgador de una filosofía o bien filósofo que se valió de la rotativa sobre la que nació para divulgar su obra. El libro de Blanco atiende a esa vacilación de Ortega para seguir esta bifur-

2 *Platón. Obras Completas* U. Central de Venezuela, 1980, I, *Fedón*, p. 348. Traducción García Bacca.

3 Platón. *Diálogos*, Madrid: EDAF, 1969.

4 Platón. *Obras completas*, 2ª ed., Madrid: Aguilar 1969, p. 640. Traducción usada por E. Balaguer, en el capítulo I, p. 25. Algunas apreciaciones de ese capítulo son matizables: a) “La filosofía, que es principalmente logos, esto es, lenguaje y razón, requiere del diálogo para vertebrarse”. El diálogo vertebra la vida cotidiana y la poética. Si deja de ser usado en filosofía recientemente es por presión del logocentrismo filosófico; b) “al contrario que Descartes, esta filosofía [la de Ortega], no estaba impregnada de reflexiones matemáticas, sino cargada de un lenguaje metafórico”. Descartes usa el diálogo y un lenguaje tan diáfano y cotidiano, a veces tan metafórico como el de Orteg; c) la imagen del “arquero” no “predomina hasta los años 30”, la usa toda su vida, la última vez en el coloquio de Ginebra de 1951. Obsérvese que es una mimesis metafórica, viva y gesticular. Puntualizamos ahora para tener en cuenta luego otros matices discrepantes.

cación del sendero que lleva la misma meta. Al periodista se le debe preguntar si titulaba adecuadamente sus obras. El filósofo puede responder que depende de cómo se mire. Una cosa es el título periodístico y otra el filosófico. En el género del comentario o de la crónica, practicado por Ortega, que eludió ser “gacetillero”, el título es una apelación que llame la atención sobre el contenido del texto. Su obra más conocida *La rebelión de las masas* coincide con el periodo de tránsito de la primera a la segunda navegación. Aparece en folletones, procedimiento de divulgación usado por novelistas y escritores para anticipar en el periódico las entregas que luego se reunirían en un libro complementado durante la segunda navegación. Es un título apelativo y dramático que sugiere el contenido del texto. Funde con maestría la abstracción filosófica y la apelación periodística. Se mire por donde se mire es un título brillante.

Durante la segunda navegación Ortega abandona el periodismo. A veces, ni filosófica ni periodísticamente acierta en sus títulos. El de *En torno a Galileo* no corresponde al texto, pues las referencias a Galileo son observaciones tangenciales. De hecho, la traducción inglesa optó por titularla *Man and crisis*, más expresivo. Tal vez *El hombre y la gente* sea “el mamotreto” más obvio del interés del filósofo por fijar su pensamiento en una obra sistemática duradera. Es un título intenso y expresivo cuyo emboscado conflicto abarca el contenido de la obra. Otros textos, incluso más extensos, son, sin embargo, incompletos y sus títulos podrían interpretarse como proyectos frustrados de la vocación de permanencia. *La idea de principio en Leibniz* puede ser la obra que responda mejor entre las suyas a una técnica filosófica. Es un título fallido que no se corresponde, más que incidentalmente, con el contenido. *Sobre una nueva interpretación de la historia universal. Exposición y examen de la obra de Arnold Toynbee* ni es una exposición ni un examen del historiado inglés. El desafortunado título sirve de afortunado pretexto para exponer su propia interpretación del sentido de la expresión “historia universal”. Afortunadamente, porque por fortuna el texto va mucho más allá de los límites de un título inapropiado. Su anunciado interés por hacer un “mamotreto” (V, 657) que fundamente el raciovitalismo *Aurora de la razón histórica*, no es posible enjuiciarlo, pues no vio la luz⁵.

Estos y otros ensayos de Ortega expresan en el título el nombre propio de un filósofo, escritor o artista. Al igual que ocurre con muchos de sus prólogos, los textos que corresponden a estos títulos revelan una técnica concreta de elaboración interpelante que consiste en confrontar la obra de un autor para apuntalar su pensamiento frente a ella. Según Esmeralda Balaguer es un pretexto metodológico que fija un *alter ego* de Ortega en la obra del autor nombrado, generalmente un clásico, o lo usa como “contra *alter ego*” (194 y ss.) para contrastar el pensamiento del citado con el suyo. Con estos “otros yo”, Ortega puede compartir

circunstancias semejantes y orientaciones filosóficas que dormitan en el poso de la filosofía occidental común. Me refiero a Cicerón, Juan Luis Vives, Goethe, Leibniz, Velázquez y Goya [...] que sirvieron a Ortega para decir incluso lo indecible [...] Todos ellos clásicos que, como Ortega sostenía, lo son en tanto presentan batalla para pensar con y a partir de ellos (179).

5 “Hacia 1936 andaba por el local de la “Revista de Occidente” una copia a máquina de una *Aurora de la razón histórica*, que entonces se componía de cuatro grandes estudios relacionados entre sí, y un modelo de portada en letras de dos colores para el volumen, tan próximo, pues, a la publicación.” Gaos, J. *Obras Completas*, IX. “Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América Española. UNAM, 1992. p. 118. Ortega hace numerosas referencias a esta obra. La primera, en el prólogo de *Ideas y creencias* asegura que “desde hace años anda rodando por el mundo, parturiento de dos gruesos libros que condensan mi labor durante los dos últimos lustros anteriores. Uno se titula *Aurora de la razón histórica*, y es un gran mamotreto filosófico; el otro se titula *El hombre y la gente*, y es un gran mamotreto sociológico”. (V, 657).

La invitación de Balaguer a entender este modo de acercarse al otro como si fuera un yo o un contra-yo para compartir con ellos “lo indecible” del decir es muy interesante porque abre un nuevo espacio a una hermenéutica orteguiana. Menos claro es que sirva para ilustrar adonde quiere ir a parar Ortega si se entiende, como sugiere la autora, que es una “aplicación práctica de la nueva filología” que el filósofo postula sin que aclare en qué consiste una novedad que queda pospuesta a la incluida *Aurora de la razón histórica*.

Personalmente tengo dudas de que a este método corresponda una “nueva filología”. Entiendo que el mérito de Balaguer al enlazar el comentario a lo biográfico se advierte mejor si se enfoca como un método hermenéutico en que lo filológico tiene su parte al escudriñar lo que un clásico quiso decir remontándose a las raíces etimológicas de lo que dice. Esto equivale a explorar las motivaciones etimológicas que impulsan a que un autor prefiera un vocablo entre otros posibles. Pero no es el momento de aventurar una explicación de esta conjetura provisional, sino el de ponderar que este enfoque de Balaguer es extensivo a gran parte de la obra orteguiana. En los muchos prólogos y en otros ensayos en que cita el nombre de otro filósofo, no se dedica a prologar. En los comentarios del texto que prologa, o los que podían haber sido solo glosas del autor citado, ni son solo comentarios de texto ni solo glosas de los autores que cita. Sirven efectivamente, como Balaguer incita a interpretar, de *alter egos* o *contra alter-egos* que utiliza Ortega para exponer, por emulación o por contraposición, su propio raciocinio. El pensamiento del otro es usado para enmarcar una perspectiva que le permita ir proyectando la suya. Esta particularidad se manifiesta en varios títulos. *Ensayo de estética a manera de prólogo* comenta *El mensajero* de José Moreno Villa (I, 664 y ss.) Paulino Garagorri lo reunió en la colección El Arquero a otros textos para figurar junto con *La deshumanización del arte*⁶. Solo hay una cita al final del poeta malagueño. Es un pretexto para exponer una teoría estética. Este procedimiento puede generalizarse a todos los “prólogos”. Llamativamente al *Prólogo a Veinte años de caza mayor del conde de Yeves*, a los títulos en que hacen referencia a Goethe, al *Prólogo a Historia de la filosofía de Émile Bréhier* y a *La idea de principio en Leibniz*, que tampoco versa sobre Leibniz, se ocupa más de Aristóteles, Descartes y Husserl. Los rasgos más exigentemente filosóficos se hallan transferidos a extensas notas a pie de página donde precisa con rigor incontestable las limitaciones del *cogito*, sus diferencias con Husserl o subraya las rigideces del escolasticismo aristotélico-tomista.

La invitación de Balaguer a representar un *alter ego* en tantas obras de Ortega es un elocuente hallazgo hermenéutico que facilita profundizar en la peculiaridad del método expositivo orteguiano. Aunque se trate de una sola palabra en que condensa una apreciación o una crítica, el caso es que Ortega siempre acierta, al emplearla, a penetrar en el meollo de lo que lee. Para comprobar cómo capta lo esencial con una palabra o una frase, basta con contrastar que nunca necesita desdecirse de la precisión de sus interpretaciones. Las metáforas que usa para referirse a un aspecto o al conjunto del texto comentado resaltan siempre lo que se pretende. Cuanto más metafórica más ajustada es su observación. Cuanto más genérica es la condensación en una sola frase de toda una época histórica, como el Imperio Romano, el Humanismo, el Renacimiento, el escolasticismo, el Barroco o el giro copernicano, más acertada y penetrante la alusión. Ortega nunca yerra a pesar de que se expone a que la generalización resulte pretenciosa. La penetración en el texto ajeno es tan intensa que no necesita ser extensa. No hace alarde, aunque se arriesgue a

6 Madrid: Revista de Occidente, 6ª ed. 1960 pp. 1131-158. Al final hay esta alusión directa: “esto es para mí todo el libro de Moreno Violla. Hay en él un poema titulado «en la selva fervorosa» que debe el lector leer”. Es significativo, a los efectos de este comentario que Ortega rectifique a Cicerón: *quasi in alieno loco collocantur, dice Cicerón, De Oratore*, III, 38. Sin embargo, la transferencia es en la metáfora siempre mutua: el ciprés es la llama y la llama es el ciprés”, p 153n.

que la fina ironía en la que ocasionalmente se oculta el sarcasmo pueda ser malinterpretada. La agudeza del comentario procede de la seguridad que emana de la solvencia de su calado. Motivo tal vez por el que, a veces, desdeñe con alguna petulancia, los academicismos rituales, o pase por alto el detalle canónico de la cita académica. Lo que pueden parecer ocurrencias intuitivas, no son meras agudezas, corresponden a una sintética concisión del comentario, cuyo uso metafórico se resuelve en su profundidad. Cada metáfora que emplea dice más de lo que llega a decir un extenso comentario. Si no fuera así, Ortega quedaría más como escritor de vivacidad literaria, más volteriano que rusioniano, que como filósofo cuya consistencia puede ponerse a prueba por las deficiencias formales sin que esas carencias menoscaben la consistencia y densidad de sus observaciones. Obligado por el exilio o la enfermedad, a veces “cita de memoria” (X, 464). Gran parte de la gran aportación del trabajo de Balaguer sobre los límites del decir en Ortega estriba en evidenciar su desenvoltura de escritor para poner sobre el tapete la capacidad de penetración del filósofo. Visto así, no solo no cabe duda de que en su segunda navegación es más filósofo que escritor, sino de que tampoco cabe dudar de que fue un genuino filósofo sin dejar de ser un escritor genial, como lo fueron Pascal, el propio Leibniz, o Nietzsche en quienes la destreza literaria fue instrumento principal de su congruencia filosófica.

Leído el “lenguaje en el último Ortega” a través de la semblanza de Balaguer, es más fácil deleitarse en cómo puede sintetizar Ortega en un apunte o una breve frase la discrepancia de fondo respecto de otro filósofo, o cómo se anticipa, sin ser especialista en filosofía griega, a los especializados en ella. Ortega no cita a Havelock (1994), pero sus acotaciones a la crítica platónica a los poetas en la *República* se adelantan al meticuloso estudio de *Prefacio a Platón*. De Jaeger apenas dos notas a pie de página y un comentario en el que reprocha su *beatería* helénica (IX, 133). Hace falta estar muy seguro de sí mismo para arriesgarse a ese juicio ante un filólogo cuya escuela ha desempolvado todo el discurso filosófico griego. Ante una obra como *Paideia* (1957/1933), Ortega atiende a las limitaciones del conjunto sin tener que probar su discrepancia bajando a los detalles. Lo mismo ocurre con los lingüistas a los que toma la medida por la justeza del comentario, Trubezkoy, Saussure, Meillet, Whitney. Lo que parece fruto de la ocurrencia es la fuente de su genialidad. Es el motivo por el que centra su atención en la metáfora como un recurso para llegar a decir lo que está más allá del límite de lo dicho. Su destreza en expresar la claridad filosófica recurriendo a figuras retóricas es una demostración práctica de que la esencia del lenguaje no es reflexiva sino metafórica. Anticipa toda una línea de investigación que desemboca en estudios ahora consolidados como *Metáforas de la vida cotidiana* de Lakoff y Johnson (1998). La vida cotidiana traba la percepción nuda de los sentidos, no lo descubierto por los artilugios que los extienden fuera de esa trabazón.

Los penetrantes comentarios de Balaguer no abarcan, sin embargo, algunas de las implicaciones que derivan de la tesis de “que todo lenguaje es metafórico”. Sustentar “que el logos mismo es frase” es quedarse por detrás de su propio estudio pues margina “la gesticulación” (p. 133). Lo significativo es que, en la cotidianidad de la vida, el gesto es asimismo metafórico. Desde Platón esto significa que mientras se fragua un lenguaje abstracto, la técnica artesanal ya es una analogía mimética de la naturaleza, una metáfora que desborda la mera imitación repetitiva. La asignación de función a un objeto material requiere una manipulación, que es gestual a la vez que intelectual, para atribuir a la pieza una función de uso, lo que no evita que el uso personal sea imprevisible. La naturaleza no proporciona función alguna por sí sola, por lo que ha de ser inventada. Esta actividad integra la vida cotidiana. A mi entender, cuando dice que “la lengua es la gran metáfora” (p. 151) se queda corta en su apreciación de lo metafórico. La lengua no es “la gran” metáfora. La metáfora originadora es la mimesis técnica, la invención que solo se realiza en el quehacer humano del que forma parte el lenguaje. Es un instrumento constitutivo de la diferencia humana, pero no el factor constituyente. Ortega siempre trató de trazar una línea de demarcación entre lo propiamente humano y lo meramente animal. Procede de la

intencionalidad, que “en nuestro gesto es significativa” (p. 160). Reside en la facultad técnica de asignar intencionalmente una función de uso a lo que por sí no lo tiene. Hace falta un inmenso desarrollo intelectual para que la técnica deje de ser mimética y pase a ser automática en la fase de la revolución industrial. Hasta entonces el hacer mimético no es sustituido por el engranaje mecánico. Por eso la metáfora solo indebidamente puede entenderse como un “mecanismo” (p. 150). Es, como la misma Balaguer rubrica, “un procedimiento intelectual” del hombre que, cuando hace algo, adosa una invención a lo que manipula imitando lo que ve para ir más allá de lo visto. Ahí anida la metáfora. Los automatismos sociales del uso, no son dispositivos que aten la espiritualidad a la corporalidad. Sus repeticiones no son engranajes en serie iguales como en el automatismo mecánico. Son, como dijo Platón de la escritura, sustitutos técnicos de la memoria, lo cual significa que la técnica no empieza ni con la artesanía ni con el engranaje, sino con la ideación intencional. Demonizar lo mecánico es ignorar lo diferencialmente humano

Todo el que quiere dárseles de muy espiritual habla contra el maquinismo contemporáneo. ¡Cómo si la máquina fuese algo extraño al hombre!

El antimaquinismo es pura fraseología y beatería. El hombre es el animal maquinista y no hay nada que hacer [...] Las máquinas son tantas y tan complicadas que hace falta una máquina para manejar las demás (V, 637)⁷.

Sin conocer los procesos digitales que se aplicarían a sus *Obras completas*, donde Domingo Hernández-Sánchez recuerda que “hablaba Ortega de ciertos *libros-máquinas* que pudieran liberar a la memoria de esfuerzos innecesarios” (X, 723), Ortega comprendió que el libro-máquina se propone mantener fuera del hombre, sin lastrar su energía mental [...] las noticias necesarias sobre uno u otro orden del pragmatismo humano. Algunas obras científicas son verdaderos aparatos que funcionan casi automáticamente (sobre todo merced a la técnica refinada de sus índices) los nuevos «diccionarios enciclopédicos» deben tender a ser aún más grandes máquinas del pragmatismo [...] Para fabricar esta máquina mental [...] hay que liberar a la memoria para que vaya a lo que es necesario tener en ella, y encomendar todo lo demás, que es también necesario, pero no necesario en la memoria, a libros-máquina (V, 636).

Ortega no sospechó adonde llegaría la Inteligencia Artificial para reproducir automatismos del uso lingüístico. La máquina mental de la IA puede llegar a ser un engranaje productivo de textos, pero no puede sustituir a la mimesis creativa de la memoria, pues la naturaleza no es mimética de sí misma⁸. La mimesis es una invención que imita las manifestaciones de la naturaleza. Inventa cómo hacer instrumentos que amplían la capacidad sensorial para descubrir lo que hay oculto más allá de los nudos sentidos. Descubrir lo oculto no es lo mismo que inventar un artilugio que no existe hasta que no es inventado. Lo que se descubre está ahí antes de ser descubierto. Lo inventado no está en parte alguna hasta que es inventado. No todos los instrumentos tienen por función de uso descubrir lo que hay oculto al nudo sentido. Entre estos instrumentos el principal es el lenguaje, cuya particularidad consiste en que, como dice Aristóteles, duplica toda la experiencia conocida en el acontecer que representa. Es una representación de lo acontecido, de lo ya descubierto, no de lo que queda por descubrir y experimentar. Por eso el lenguaje no puede decirlo todo, ni lo no descubierto, ni el fondo donde se va desdibujando el tránsito del tiempo que diluye el pasado en la impotencia de la memoria para retenerlo. Indudable mérito del trabajo de Balaguer es haber consolidado la tesis de Ortega de la

7 *Prólogo a un Diccionario Enciclopédico* abreviado V 631-639.

8 Cfr. L Núñez Ladevéze. Retórica y periodismo como artesanías del espíritu ante el reto del algoritmo. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, pendiente de publicación.

naturaleza instrumental del lenguaje, un *órganon*, como lo llamó Platón, un instrumento que tiene su raíz en el grito, el gesto, el ademán y el hacer. El poeta presocrático fijó la memoria en sus técnicas declamatorias para mantener la opinión de las creencias fundantes de la *polis*. Ortega llegó a decir después que la opinión pública es un “uso intelectual”, pero no pudo experimentar que, al ver el mundo a través de un medio televisivo, se generase una opinión que se publicita sin necesidad de hablar. El mimo habla con gestos, sin palabras. La creatividad no radica en la memoria, sino en la actividad que la permite retener lo necesario y prescindir de lo superfluo. La metáfora es la manifestación que retiene memorísticamente lo imprescindible para liberar el esfuerzo de mantener la atadura lingüística que la oprime. Eso lo anticipó Platón al criticar a los poetas en *La república*.

La magnífica aportación Balaguer sobre la segunda navegación no insiste lo suficiente en que, ni siquiera para Aristóteles, el *logos* entendido como *verbum*, es lo constitutivamente humano. Lo que Aristóteles precisa como constitutivo es que la invención mimética⁹ es normativa: el hombre puede cumplir mejor o peor o infringir la norma moral que dirige la conducta a un fin (*Pol.* 1253a18). Entonces el “aparato ortopédico” que fabrica el lenguaje (p. 88 y 91) es anterior al lenguaje. La mimesis es una metáfora del quehacer, lo “que permite al animal enfermo que pueda habitar un mundo” inventando lo que no hay en ese mundo. No es casual que la palabra más reiterada en los capítulos I y IX de *Meditación de la técnica* sea ese producto de la fantasía que se concreta en una “invención” que conecta la idea fantaseada con la experiencia. La técnica no es solo “parte constitutiva”, es constituyente. Todo fantasear es producto del artificio técnico que desdobra la intencionalidad en un objeto que está fuera de ella. Balaguer da en la diana cuando dice que “el hombre es un ser técnico porque es que-hacer” (p. 93).

El hombre puede usar inadecuadamente los instrumentos técnicos, como el lenguaje, un medio para duplicar lo visto y oído en palabras. Cierto que Aristóteles observa que el lenguaje es exclusivo del hombre, pero su función es subordinada a lo que distingue primariamente al hombre: el sentido de lo conveniente y lo perjudicial, del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto. Al dejarse llevar incidentalmente por una propensión logocéntrica, Balaguer, que muestra una indudable soltura para ensamblar afinidades y enhebrar los temas, difumina las diferencias que separan la obra de Ortega de la de otros pensadores, como Benjamin, Derrida o Foucault. Al comentar la similitud temática, se empalidece la diferencia del tratamiento. Acentúa analogías con autores propensos al idealismo crítico, que circunscriben el *logos* a partir de un atributo lingüístico, sobre todo Heidegger, y opaca las diferencias, no de matiz, que los separan de Ortega, siempre adversario del criticismo idealista, por suavizado que sea, como el de Gadamer cuya hermenéutica es lingüística porque arraiga en Heidegger quien sustenta que lo constitutivo del hombre es morada del lenguaje. A mi entender, la pugna de Ortega con Heidegger radica en que la técnica constituye al lenguaje, no al revés.

Si “la estructura gramatical de nuestros idiomas también es fruto de la técnica”, una técnica que se ha ido perfeccionando con el paso del tiempo” (p. 94), entonces la técnica gramatical, un procedimiento mental para mantener el lenguaje en la memoria sin tener que esforzarse en retenerlo, es previa al lenguaje y lo diferencial no es el *logos*, sino la intencionalidad, la técnica de desdoblamiento de la intención en su objeto, de la función asignada en la materia a la que se asigna, del signifiante en significado. La intencionalidad metafórica imita lo que la naturaleza ofrece y la artesanía humana lo materializa en la vida comunitaria. Como para Platón, para Ortega las “cosas” son “asuntos” con los que tratamos en la vida. La gramática nace como técnica de duplicación

9 Desde el inicio de la *Poética* Aristóteles fija el conjunto de las artes como ejercicios miméticos: *πᾶσαι τυγχάνουσιν οὖσαι μιμήσεις τὸ σύνολον*, 1447a15-16, para especificar luego el arte que solo imita con el lenguaje: *μόνον τοῖς λόγοις*, 1447a29. Para Aristóteles el arte escrito es la artesanía que distingue la poética.

de la naturaleza en la vida primordial, lo que explica que la analogía metafórica rezume en los asuntos de la vida corriente. Implica que el mimetismo es la técnica no automatizable que precede a la gramática constitutiva del lenguaje. Platón y Aristóteles no fueron logocéntricos, tampoco lo fue Descartes ni Ortega, quien rechazó la ficción idealista de una racionalidad derivada del *logos*, un adversario al que siempre repudió.

La metáfora es trasladada al lenguaje por la trama mimética constante de la vida cotidiana que genera el lenguaje. Balaguer incide en que, en la noción humboldtiana de *energeia*, procedente de Aristóteles a través de Platón, como mostró Bühler, es el anclaje de su “nueva filología” y su “teoría del decir”. Humboldt recibe esta idea de *energeia* de la concepción instrumental platónica. Chomsky ha reparado en este asunto dedicando un extenso capítulo al “problema de Platón”¹⁰ para argumentar por qué la inteligencia artificial no puede amular la creatividad humana. Las funciones del *órganon* fueron reconstruidas por Karl Bühler cuya *Teoría de la expresión* es prologada por Ortega. Cuando los neogramáticos ceden el paso a la lingüística estructural, para la cual una lengua puede decirlo todo, Ortega enseña, frente al nuevo paradigma, que Humboldt previene de que una lengua no solo no puede decirlo todo, sino que no dice todo lo que parece decir. Lo relevante es que las metáforas, como muestra Balaguer al centrar su atención en los *Apuntes para un comentario al Banquete de Platón*, llevan el decir del presente a su límite. La estructura de una lengua puede que sea inconmensurable como dijeron los estructuralistas, mientras se limite a lo conocido y experimentado, pero eso no significa que abarque la inconmensurabilidad de lo desconocido pendiente de descubrir o ya perdido en lo dicho en el fondo del pasado. Balaguer enmarca con rigor el margen en que el lenguaje dicho deja algo oculto, algo que no dice y algo que queda por decir en el silencio o que el silencio oculta al callar lo que podría haberse dicho.

¿Este no ser dicho por una lengua abre la puerta a una Nueva Filología científica o se trata más bien de una opción hermenéutica? Mi impresión es que se trata de una hermenéutica en la que la filología ocupa un nuevo lugar, y que la expresión “nueva filología” es pretenciosa. Hay otros acercamientos que la teoría del decir de Ortega anticipa cuando no se contaba con el instrumental metodológico idóneo para indagar en los automatismos del uso, como la pragmática de Grice¹¹ cuyas reglas abordan como si fueran automatismos, sobreentendidos, presuposiciones, silencios, titubeos, incluida la expresividad metafórica en el uso cotidiano. La teoría de texto o la propuesta de “gramática de una expresión” de Wittgenstein abordan las diferencias en los usos textuales o contextuales de una significación de lengua. Estos avances fueron preludiados por Ortega.

Ortega es un filósofo que no se acomoda a corsés academicistas. Ningún trabajo de Ortega, ni el más cuidado –aunque a veces parece atender con precisión la cita bibliográfica otras tanta la descuida–, podría superar una revisión por pares de una revista que se ocupara en publicar trabajos sobre su obra, incluida la *Revista de Estudios Orteguianos*. En Ortega parece haber un conflicto entre sus prisas de periodista por no olvidar lo que quiere decir y el encorsetamiento académico con que ha de revestir lo que dice. Esa despreocupación orteguiana del formalismo, tal vez rebeldía, es propia del periodista, que, obligado a la precisión en los detalles también lo está para ocultar las fuentes y servir a los apremios de la actualidad. Cultiva el género de comentario que da primacía a la lucidez del estilo sobre la deuda de sus ideas. La diferencia con otro cronista es que el Ortega periodista cuando comenta no tiene necesidad de declarar su deuda, porque si las ideas no son suyas, son tantas las suyas, que no tiene por qué

10 Chomsky, Noam. *Knowledge of Language. Its nature, Origin, and Use*. New York: Praeger, 1985. Facing Palto's Problem, pp. 51-220.

11 Grice, Paul (1991). *Studies in the way of words*. Harvard univ. Press.

disimular que algunas no lo son. Como filósofo, es un inconformista con la liturgia, como lo fue Nietzsche que tanto le inspiró, aunque a diferencia con el escritor germano, no intentó acabar con ella. Despreciaba el escolasticismo que anida en el prurito heredado desde fuera, pero apreciaba la liturgia que dignifica una función.

El valor de las palabras no es fijo como tampoco lo son los acontecimientos a los que hay que dar nombre o consignar como unitariamente distintos de los demás. El origen de la delimitación de unidades procede de la propia percepción, es decir, de la vida unitaria que distingue y separa unos organismos de otros y, en ellos, unas percepciones de otras. Por eso, Ortega dice que la vida real es lo concreto y el significado propio es lo dicho en el momento. La abstracción es una petrificación producida por el lenguaje escrito cuyo antecesor fue la declamación poética que Platón reprende. Razón por la cual el filósofo no tiene primacía sobre la realidad, es decir, sobre la vida, y, por eso, tampoco la labor filosófica contemplativa lo tiene sobre la visión concreta del periodista, quien está al servicio del acontecer cotidiano de los ciudadanos. La realidad es la incesante actualidad que se concreta. La labor de Marta tiene prelación sobre la de María.

Conflicto de intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Referencias bibliográficas

Balaguer García, E. (2023). *Los límites del decir. Razón histórica y lenguaje en el último Ortega*. Tecnos.

Blanco-Alfonso, I. (2023): *Nací sobre una rotativa. Las empresas culturales de José Ortega y Gasset*. Tecnos.

Chomsky, N. (1985). *Knowledge of Language. Its nature, Origin, and Use*. "Facing Palto's Problem", pp. 51-220. Praeger.

Grice, Paul (1991). *Studies in the way of words*. Harvard univ. Press.

Havelock, Eric A. (1994). *Prefacio a Platón*. Madrid: Visor.

Jaeger, W. (1957). *Paideia*. México: FCE.

Lakoff y Johnson (1998/1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Catedra.

Núñez Ladevéze, L, Álvarez de Mon, I. y Núñez Canal, M. (2022). Ensimismamiento y tecnicidad: aportaciones recientes para una interpretación sistematizada de la obra de Ortega y Gasset. *Doxa Comunicación. Revista Interdisciplinar de Estudios de Comunicación y Ciencias Sociales*, (35), 379-393. <https://doi.org/10.31921/doxacom.n35a1680>

Ortega y Gasset, J. "Ensayo de estética a manera de prólogo" en *La deshumanización del arte*.

Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras Completas*. Madrid: Fundación Ortega-Marañón.

IV. Rectificación de la república" 837-855.

V Meditación de la técnica

V. Prólogo a un *Diccionario enciclopédico abreviado* 631-639.

IX. Prólogo para alemanes.

IX La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva 929-1174.

X. Índice de conceptos, onomástico y toponímico. Domingo Hernández Sánchez, pp. 718 y ss.

Platón (1871-1872). *Fedón* en *Obras Completas de Platón puestas en lengua española por* Patricio de Azcárate, t. V. <https://www.filosofia.org/cla/pla/azcarate.htm>

Platón (1971). *Fedón* traducción Luis Gil en Guadarrama Labor

Platón (.) *Fedón* en *Diálogos*.

Gaos, J. (1992). *Obras Completas*. “Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América Española”, t. IX. UNAM.

Ortega y Gasset, J. (2004-2010). *Obras completas*. 10 vols. Taurus-Fundación José Ortega y Gasset.

Platón (1969). *Diálogos*. EDAF.

